

lumbramiento. Hay en la obra seria una luz entrañada que se proyecta desde la sensibilidad a la conciencia, y destruye toda sospecha.—LAUTARO YANKAS.



MAR, (Historia de un marino y un pino marítimo), por Augusto d'Halmar, Santiago, 1943, ediciones «Cruz del Sur»

Veinte años tuvo Augusto d'Halmar, entre sus papeles cotidianos esta balada sin publicarla, ni hacerle la más diminuta de las correcciones.

La obra consta de treinta versículos en prosa poética, soldados los unos a los otros por un argumento desnudo, lento, y lleva como subtítulo la palabra «Sojoeroman», es decir, novela del mar y está dedicada a Pierre Loti, como reza: «A la siempre viviente, siempre joven y siempre errante memoria de Pierre Loti cuya nao, en más de un abra, fondeó lado a lado con la mía, estas páginas de viaje escritas mientras él emprendía el último, con pliegos cerrados, hacia un secreto destino donde, sin embargo, no tardaré también en alcanzarle».

Tanto con el aire evocador, hondo, de estas palabras, como con el cuerpo mismo de la balada, contrasta por lo impropia, la efigie de Augusto d'Halmar que, a guisa de prefacio, traza José Santos González Vera. Sin duda, bien escrita, pero en un estilo y un tono inadecuados, da la sensación de una sabrosa salchicha afinada, en una adusta silla normanda...

La balada, escuetamente, es, «la historia de un marino y un pino marítimo» que: «Se conocieron la víspera de una Navidad en que tratábase de elegir en el pinar el árbol de Pascua. Y Egmar que marchaba de la mano de su abuela pinchado por las púas de cristal de los pinos escarchados, tratando de colocar sus dos botitas en cada una de las huellas que dejaban en la nieve, y que no tardaban en llenarse de agua, los gran-

des zuecos de palo del jardinero Engstrom, fué el niño el que se detuvo ante el pino nuevo y lo prefirió entre todos».

Pronto el niño y el pino alcanzaron su plenitud; el primero, como cadete naval noruego, y el sempeviren pinus altea, como mástil del velero de alto bordo «Eider». Se cruzan y entrecruzan los destinos, como palpables órbitas, hasta culminar en naufragio para el mástil y muerte para el marino, pero: «El calafate de la caleta donde vararon los despojos, entre carpintero y pescador, fué el encargado de sacar del mástil trunco la madera para el ataúd del ahogado y el madero para su cruz, y supo componérselas de suerte que le sobrara para un timón de chalupa. Cantaba, encuadrando, una copla de marino y de leñador, en la doble exaltación del vino y del mar. Y bajo el cielo azul y sobre el mar azul—ese que trajo y llevará mi balada,—expandíase su voz al compás de la sierra y del martillo:

Quien hace barcas se alegra
Si de un mismo pino arranca
Tres tablas para la blanca
Y cuatro para la negra.

En el montículo redondeado como para delinear las formas del muerto, el pequeño calvario que viene a ser cada tumba, se plantó y arraigó la cruz, como un mástil atravesado por la entena o como una ancla definitivamente anclada, y a su sombra, como pila de agua bendita, quedó un caracol marino, lleno del zumbido de las resacas.

... Invariable y cambiante, incansable y que no cansa, como el mar...

Y yo sé lo que sueñan la cruz y el invisible descrucificado. En el buque fantasma, el palo, como la sombra de un mástil y el marino como el espectro de un navegante, embarcarán ambos en el buque fantasma, que recoge las almas de los naufragos, y a su bordo, surcando una mar ignota, recalarán de

arribada forzosa en ese hiperbóreas ártico del cual extrajeron ambos su savia y su sangre... Y un retoño de hombre vuelve a retozar bajo el joven pino reverdecido y cuajado de constelaciones, que es a la vez como un rumureante árbol de pascua florida, de pascua de navidad y de pascua de resurrección.

«Arriba, inaccesible, como la linterna de los masteleros, parpadea una estrellita verde». (Versículo XXX, final).

Como es el entendimiento de un novelista el que ha forjado esta incorpórea y maestra balada, no puede extrañarnos la tela de pequeñas observaciones psicológicas que contiene y que darle un ritmo entrañablemente humano. Así, al azar, nos dice que «si Olaf soñaba con su madre, Egmar pensaba en la blanca anciana que lo condujera por la mano en sus primeros pasos y que era toda la íntima historia de su corazón. Criados por abuela los niños, se les conoce en que adquieren ya y para toda la vida, esa experiencia de las experiencias, que se llama indulgencia y aunque lleguen a su vez a viejos, su corazón sigue infantil» (Versículo XI).

Pero escuchadle en el versículo XXV: «Una noche, al volver a ceñirse la espada a su camarote para comenzar su guardia, Egmar sorprendió a Olaf sentado en la estera japonesa que cubría el entarimado y contemplaba algo que tenía sobre las rodillas. No se había enderezado al sentirlo, ni siquiera había separado la vista, y como el oficial mirara por sobre su cabeza cavilosa, a su vez se quedó perplejo.

Era el retrato que una doncellita le confiara al separarse, y un espejito de bolsillo, donde Olaf se cotejaba con ella. Porque a simple vista y aunque no se supiese en qué, existía una semejanza entre ambos. ¿Qué podrían compartir, sin embargo, la prometida casi inmaterial de un marino y su oscuro asistente? Tal vez la sonrisa ambigua de la adolescencia o, más simplemente quizás, ese como aire de familia que da un hado común y adverso» (pág. 94).

Pero conjuntamente con este ritmo entrañablemente humano, va también, como es la vasija al líquido, un ceñido ritmo estilístico, hecho a base de un paralelismo estético, de origen genuinamente oriental. Observadlo en el versículo XXX, que con tal motivo lo he transcrito íntegro, Guillermo Gustavino Gallent, explica esta técnica literaria con gran maestría y nos dice que: «Así como los griegos y latinos medían sus versos por la cantidad de las sílabas que los formaban, o los españoles consideramos en ellos el número de sílabas y la rima, los hebreos tenían como nota peculiar de la construcción de sus poesías el «paralelismo». Este consiste en la correspondencia de un verso con otro. Viene a ser una rima de pensamiento o una simetría de ideas. Así:

La luz de los justos, alegra,
y la lámpara de los injustos se apaga.

(Proverbios, XIII, 9)

La casa de los impíos será arrasada,
pero la tienda de los justos florecerá.

(Proverbios, XIV, 11).

El paralelismo se nos ofrece bajo varias formas, pero las principales son:

a) El «sinónimo» cuando los términos paralelos se corresponden expresando, en términos equivalentes, igual sentido:

Saliendo Israel de Egipto,
la casa de Jacob de pueblo bárbaro:
Judea fué hecha su santuario:
Israel su reino.

El mar lo vió y huyó:
 El Jordán retrocedió.
 Los montes saltaron de gozo como carneros
 y los collados como corderos de ovejas.

¿Qué tienes, mar, que huyes:
 y tú, Jordán, que retrocedes?

Oh montes, saltásteis como carneros:
 y, collados, como corderos de ovejas.

(Salmo, CXIII, 1-6).

b) El «antitético» cuando los dos términos se corresponden por una oposición:

Mejores son las heridas del que ama
 que los ósculos fraudulentos del que aborrece.
 El alma harta pisará el panal:
 pero el alma hambrienta aun lo amargo tomará por dulce

(Proverbios, XXVII, 6-7).

Esta obra de Augusto d'Halmar es, en último término, un libro en que el espíritu y el verbo, en que entendimiento y cuerpo, se identifican y confrontan de un modo tan natural y escueto, que nos dan la sensación de suma unidad. Rara virtud que el propio d'Halmar, ha denominado: «la estatua de cristal en el agua». Por ende, nunca podríais clasificar esta balada de «romántica» y, menos aun, de «simbolista».

En suma, una obra grande, austera, cuyo espíritu es parcialmente hebreo por su técnica, nórdico por su pasión marina y cabalmente griego por su equilibrio típicamente apolíneo.

La edición se debe a la Editorial «Cruz del Sur» y tan impropio como el prefacio es el hecho que no traiga fe de erratas. He aquí las principales:

En la pág. 40 dice; «Doce marinos de las Islas Bellas», debe decir: Doce marineros...», etc.;

en la pág. 48, en la segunda línea, después de la palabra «cuando» debe agregarse la siguiente frase: «apareció a bordo bajo el aspecto de»;

en la pág. 52, primera línea, debe decir «concha», en vez de «cancha»;

en la pág. 69, línea primera, dice «Volantín», debe decir «volatín»;

y en la pág. 105, debe decir «apenas se dormía alelado» y no «apenas se dormía al lado».—ANTONIO DE UNDURRAGA.



ESTADOS UNIDOS ROMÁNTICO (1) por *Rosa María Rojas*. Lima, Perú

Dos circunstancias explican la génesis de este libro; El viaje de la autora a la Unión y a la necesidad de dar a conocer, a su regreso a la patria, las impresiones recogidas.

No es difícil imaginar, en Rosa María Rojas, a una distinguida pedagoga peruana. Fuera de cuanto estas páginas pudieran darnos, no tenemos noticia personal alguna acerca de ella.

Realizó el viaje a los Estados Unidos de Norte América en 1941. Integraba la delegación de su país a la Escuela de Verano de la Universidad de North Carolina. Según sus propias palabras, este fué «el viaje, por excelencia», «el viaje, con mayúscula».

(1) La autora ofrece su obra a quien la solicite a Muelle 847, Lima, Perú.